



K. Lorenz

Quebrantamiento de la tradición⁵

Tanto en mi libro sobre la agresividad (1963) como en diversas conferencias pronunciadas entre 1968 y 1969 he procurado desentrañar los probables móviles etológicos de la guerra entre generaciones, y por consiguiente, aquí me limitaré a lo más elemental. El ciclo fenomenológico va asociado con una perturbación funcional del proceso evolutivo que se manifiesta en el hombre durante la pubertad. Mientras persiste esta fase, el individuo joven empieza a desentenderse de las tradiciones hogareñas, las analiza con espíritu crítico y escudriña el panorama en busca de nuevos ideales, de nuevos grupos a cuya causa pueda adherirse. El deseo instintivo de *luchar* por una buena causa tiene importancia decisiva en la elección del objetivo, particularmente entre los hombres jóvenes. Durante esta fase, lo tradicional aburre, y todo lo nuevo atrae; casi podría hablarse de un neofilismo fisiológico.

Sin duda este proceso aporta una notable contribución al mantenimiento de la especie, por lo cual se le incluye en el programa filogenético de los comportamientos humanos. Su función consiste en prestar adaptabilidad a las normas culturales del comportamiento, hasta ahora demasiado rígidas; esto es comparable, quizás, a la muda de un cangrejo que necesita soltar su rígido caparazón para poder crecer. Tal como ocurre con todas las estructuras con-

solidadas, aquí, en la transmisión cultural, es preciso rescatar también la imprescindible función sustentadora mediante una pérdida gradual aunque limitada de la libertad, y tal como ocurre con todas ellas, la demolición necesaria para toda reconstrucción entraña peligros innegables, puesto que entre el derribo y la reedificación transcurre un período inevitable de abandono e inestabilidad. El caso es análogo para el cangrejo y el hombre en sus épocas de muda y pubertad, respectivamente.

Por regla general, al período de neofilismo fisiológico sigue un resurgimiento del amor a lo tradicional. Esto suele progresar con lentitud, pues casi todos nosotros, los viejos, podemos atestiguar que cuando cumplimos sesenta años muchas opiniones de nuestros padres nos parecen bastante más respetables que a los dieciocho. A. Mitscherlich registra este fenómeno y lo denomina, con gran acierto, «obediencia tardía». El neofilismo fisiológico y la obediencia tardía constituyen juntos un sistema cuya virtud conservadora consiste en eliminar elementos caducos de la cultura transmitida y otros opuestos al nuevo desarrollo, pero preservando, entretanto, la estructura esencial e indispensable. Puesto que el funcionamiento de tal sistema está sujeto necesariamente al concierto de muchos factores externos e internos, resulta muy difícil perturbarlo como es de suponer.

Las limitaciones del desarrollo, condicionadas no sólo por factores ambientales sino también genéticos, surten efectos muy diversos desde el instante de su aparición. El estancamiento en una fase infantil primaria puede acarrear una vinculación persistente con los padres y la adhesión total a las tradiciones de la generación precedente. Más tarde esas personas no consiguen entenderse con sus coetáneos y terminan siendo muy a menudo tipos estrafalarios. El aferrarse antifisiológicamente a la etapa del neo-

Activitats i qüestions

Què vol dir exactament neofilisme fisiològic i obediència tardana?

Segons l'autor, el canvi tecnològic ràpid i les seves conseqüències socials produeixen sovint el fracàs de la socialització de les noves generacions. Aquest fracàs és una de les causes del conflicte generacional.

Analitzar en grup el moviment contra Bolonya actual amb aquestes premisses i veure s'hi ha algun punt de contacte.

Traduir a l'esquema de Fiske les propostes de Lorenz.

⁵ K. Lorenz, (1984), Los 8 pecados capitales de la humanidad civilizada, Barcelona Plaza&Janes p-80-84

filismo origina un resentimiento muy característico contra los padres —quienes en numerosos casos han muerto hace mucho tiempo— y asimismo una especie de extravagancia. Los psicoanalistas conocen bien ambos fenómenos.

Pero los trastornos que causan el odio y la lucha entre las generaciones tienen otros orígenes y, por cierto, de dos clases distintas. Por lo pronto, las transformaciones debidamente adaptadas de los bienes culturales transmitidos de una generación a otra son cada vez mayores. En tiempos de Abraham, la variación sufrida por las normas de conducta cuando el hijo las recibía del padre era tan increíblemente mínima que —según la convincente descripción de Thomas Mann en su magnífica novela psicológica *Joseph und seine Brüder*— a muchos hombres de entonces les resultaba imposible apreciar la diferencia entre su persona y la de su padre, lo cual representa la forma de identificación más completa que podamos imaginar. El ritmo de desarrollo impuesto a la civilización actual por su propia tecnología tiene como consecuencia que la juventud considere inútil una parte muy considerable de cuanto posee todavía esta generación en materia de bienes tradicionales. La creencia errónea ya citada (página 71) de que el hombre pueda crear como por encanto una nueva cultura a su albedrío y con racionalidad, lleva a la descabellada conclusión de que lo mejor sería aniquilar la cultura paterna y erigir una nueva con «espíritu creativo». Desde luego, podría hacerse así, ¡pero sólo si se recomenzara en los tiempos anteriores al hombre de Cromagnon!

Ahora bien, el empeño conceptuado por la juventud como una cosa justa y factible a largo plazo, el «saltar todas las barreras en relación con los padres», tiene otras causas adicionales. Los cambios experimentados por la familia y su estructura por influjo de una progresiva transformación tecnológica de la Hu-

za que mi amigo Emmanuel La Roche, muerto prematuramente —quien me llevaba cuatro años, y como reyezuelo de aquella revoltosa banda nuestra ejercía un dominio justo pero enérgico sobre unos muchachos de edades comprendidas entre los diez y dieciséis años—, no sólo me inspiraba respeto y me hacía acometer audaces empresas para conseguir su aprobación, sino que también se había ganado mi afecto como lo recuerdo todavía con toda claridad. Ese sentimiento tuvo una evidente similitud con aquel otro que experimenté más tarde respecto a diversos amigos íntimos y maestros. Entre los mayores atentados de la doctrina seudodemocrática figura el de condenar el orden jerárquico natural entre dos personas como un impedimento frustratorio para todo sentimiento afectuoso: sin él no puede existir siquiera la forma más natural del amor humano que usualmente une a todos los miembros de una familia; con la educación «no frustratoria» se ha transformado a millares de niños en desdichados neuróticos.

manidad, propenden todos ellos sin excepción a debilitar el contacto entre padres e hijos. Y esto se inicia ya en la lactancia. Puesto que hoy día las madres no pueden dedicar todo su tiempo al recién nacido, surgen casi siempre, en mayor o menor grado, las manifestaciones que René Spitz denomina «hospitalización». Su peor síntoma es un debilitamiento difícilmente reversible o irreversible de la capacidad humana para establecer relaciones. Este efecto se agrega de forma peligrosa al trastorno ya citado (pág. 23) de la participación humana.

A una edad algo más avanzada, las deficiencias de la imagen paterna causan visibles perturbaciones, sobre todo en los chicos. Exceptuando los medios rurales y artesanos, hoy día un muchacho no ve casi nunca a su padre durante el trabajo, y todavía tiene menos oportunidades para ayudarlo y poder experimentar así convincentemente la superioridad del hombre. Asimismo, en la pequeña familia moderna falta la estructura jerárquica por medio de la cual el «hombre mayor» parece emanar respetabilidad en las condiciones precedentes. Un niño de cinco años no puede valorar directamente la superioridad de su padre cuarentón, pero se muestra impresionado ante la energía de otro niño de diez años y comprende que éste adopte una actitud respetuosa ante un hermano mayor de quince años. Luego llega instintivamente a las conclusiones justas cuando observa que el de quince años, quien es lo bastante sagaz para reconocer la superioridad intelectual del hombre mayor, respeta a éste.

La aceptación de una superioridad jerárquica no es un impedimento para el afecto. El recuerdo hace decir a cada hombre que los individuos a quienes debía mirar de abajo arriba y cuyo dominio aceptaba ostensiblemente no le eran menos queridos por esto, sino bastante más, aun cuando su condición fuera la de un subordinado. Yo sé todavía con absoluta certeza

Según he expuesto en los ensayos antedichos, el niño forma parte de un grupo ajeno a todo orden jerárquico, se halla en una situación contranatural. Puesto que él no puede reprimir su empeño —programado instintivamente— en alcanzar un puesto jerárquico superior y desde luego tiraniza a sus pasivos padres, se ve obligado a desempeñar el papel del jefe de grupo en el que no se encuentra cómodo ni mucho menos. Sin un «superior» más enérgico, se siente indefenso ante un mundo hostil, pues en ninguna parte se quiere a los niños *non-frustration*. Cuando intenta desafiar a los padres con una irritación comprensible, como «suplicando un par de bofetadas» según la ingeniosa expresión bávaro-austríaca, no encuentra el contraataque esperado intuitivamente por el subconsciente, sino que tropieza con el amortiguador de frases tranquilizadoras y seudorracionales.

Pero ninguna persona desea identificarse jamás con un sietemesino esclavizado, nadie está dispuesto a dejarse dictar unas normas de comportamiento y menos todavía a acatar unos valores culturales que el impositor venera. Sólo cuando uno quiere con la máxima profundidad anímica a una persona y simultáneamente le profesa hondo respeto, se presta a hacer suya su tradición cultural. Evidentemente, hoy día falta esa «figura paterna» en un número casi espantoso de adolescentes. El padre real fracasa con frecuencia y el alumnado multitudinario en escuelas y universidades impide su sustitución por un maestro digno de acatamiento.